

PHILOZIA — El aliento de lo vivo

ella – El aliento de lo vivo por Gaëlle Le Metayer

Introducción

ella es una invitación.

Una invitación a pensar, a sentir, a respirar de otra manera.

A recordar que, antes de ser roles, profesiones, trayectorias, todo ser humano es ante todo un ser vivo.

Esta palabra no cayó del cielo.

Nació de un vacío, de una carencia, de una necesidad de decir de otro modo lo que no encontraba lugar en los marcos habituales.

ella tiende un puente entre mundos: el del pensamiento, el de la acción, el de la intimidad.

No busca imponer ni convencer.

Propone. Extiende un hilo. Abre un espacio.

No se trata aquí de salvar el mundo ni de predicar nada.

Se trata de habitar plenamente lo que hay, de acoger las paradojas, los vértigos, los impulsos, las dudas.

ella habla de eso: un arte de vivir lúcido, tierno, exigente a veces, pero a menudo profundamente vivo.

Este libro es un viaje.

Un viaje que ya conoces.

Porque ella ya está presente en nuestras vidas, a menudo en voz baja, discretamente, en esos gestos, esos instantes, esos pensamientos que nos reconectan con lo vivo.

No se trata de aprender algo nuevo, sino de reconocer lo que ya resuena, lo que simplemente pide ser reavivado.

Cada página es una invitación a ralentizar, a escuchar, a sentir.

A trazar tus propias líneas, a dar tus propios pasos, sin buscar la perfección ni el modelo.

ella no da lecciones.

Recuerda, despierta, acompaña.

Está aquí para quienes sienten que, detrás de las palabras, hay un aliento.

Y que ese aliento, una vez escuchado, solo quiere circular.

Bienvenid@ al espacio de ella.

ella de un vistazo

ella es:

Un aliento, no una exigencia.

Un hilo, no una doctrina.
Una invitación, no una lección.

Abre un espacio donde lo vivo se entrelaza en todas partes:
en los vínculos, en los gestos, en los pensamientos.

ella no es una respuesta prefabricada ni una vía de escape.

Es una presencia.

Una atención.

Una manera de habitar el mundo con lucidez y ternura.

Capítulo I: El origen del concepto

ella nació de un escalofrío. Ese que sentimos cuando, en medio de un momento cualquiera, nos damos cuenta de que estamos vivos. Cuando una luz atraviesa una habitación, cuando una risa inesperada rompe un silencio, cuando un pensamiento claro surge en medio del caos. Nació ahí, en ese instante frágil donde todo se vuelve, de pronto, evidente.

Esta palabra no fue inventada para sonar bonito ni para construir un concepto. Surgió para llenar un silencio: la falta de palabras para nombrar ese vínculo sutil entre el pensamiento y lo vivo, entre lo íntimo y lo colectivo, entre el impulso y el sentido. Nació porque los marcos habituales ya no bastaban, porque, a menudo, las palabras que nos ofrecían —en la filosofía, pero también en la política, en los discursos oficiales, en las normas colectivas— sonaban vacías, sin carne.

En los lenguajes dominantes, lo que une la reflexión con la vida parecía compartimentado. Por un lado, sistemas, doctrinas, marcos racionales que organizan y estructuran, pero que a menudo resecan. Por otro, la vida, cruda, caótica, bella y dura, donde avanzamos sin saber a menudo por qué ni cómo. ¿En qué momento dejamos de hacer dialogar esos mundos? ¿Y por qué sentimos hoy esta necesidad urgente de volver a unirlos?

La palabra ella asocia dos raíces griegas: *philia* (φιλία), la amistad, el amor elegido; y *zoé* (ζωή), la vida desbordante, la vida que pulsa, que circula por todas partes —en los gestos, las miradas, los silencios, los temblores. Juntas forman una palabra que invita a una actitud: estar en amistad con la vida. No con la vida perfecta o idealizada, sino con la que tocamos cada día, en sus contradicciones, sus vacíos y sus destellos.

Esta palabra no existía en ningún idioma, ni antiguo ni moderno. Ningún diccionario, ningún léxico reunía estas dos dimensiones —*philia* y *zoé*— en un solo término. Hubo entonces que inventarla, como quien tiende una cuerda entre dos orillas, como quien construye un puente donde antes sólo había vacío.

Hoy el mundo corre. Todo va más rápido. Las noticias, las expectativas, los cambios, las urgencias. Hay que responder, adaptarse, rendir. Pero de tanto correr, ¿qué nos queda? La profundidad se aplana, los lazos se deshilachan, el sentido se desdibuja. Muchas personas buscan una respiración. Otra forma de mantenerse en pie. ella nace aquí: no como refugio, sino como un acto de lucidez, un gesto casi radical.

Desacelerar, no para huir, sino para volver. Volver a una misma, a los otros, a lo vivo.

ella se fue moldeando a través de momentos simples: una mano tendida, una conversación inesperada, una emoción que desborda, una decisión tomada sin entenderlo todo, pero sentida como justa. No pretende tener todas las respuestas. Tiende un puente hacia quienes, en algún momento, sintieron el llamado de respirar de otra manera, de reencontrar un hilo entre su cabeza, su corazón y sus manos.

En un mundo que brilla, que vende respuestas rápidas, ella propone otro ritmo. No para imponer un camino único, sino para ofrecer un espacio de escucha, de resonancia, de lentitud. Una forma de habitar las preguntas. Con lucidez. Con ternura. Con valentía.

Capítulo II: ella — amor por lo vivo y ética

ella no es una moda ni una tendencia. No busca sumarse a la lista de conceptos del momento. Se arraiga en algo más antiguo, más profundo: ese vínculo invisible y, sin embargo, fundamental que nos une a todo lo que está vivo.

La ética de ella comienza allí, en este reconocimiento: lo vivo está en todas partes, y nosotros somos parte de ello. No sólo como individuos aislados, sino como seres tejidos dentro de un conjunto más amplio. Cuando una mano se extiende para consolar, cuando una sonrisa atraviesa el cansancio, cuando una mirada se posa en un árbol, un animal o en otro ser, ocurre algo. Un reconocimiento silencioso. Una resonancia.

Y esa resonancia no se detiene en el umbral individual. ella también interroga los vínculos colectivos: ¿cómo habitamos un grupo, una comunidad, una sociedad? ¿Cómo cultivar espacios comunes donde cada quien pueda existir sin desaparecer? En un mundo donde a menudo nos cruzamos sin vernos, ella nos recuerda que las relaciones son una materia viva, frágil y preciosa. Requieren cuidado, atención, escucha. Nos moldean tanto como nosotros las moldeamos.

Eso no significa que debamos ser perfectos, ni lograrlo todo. Significa que debemos comprometernos. Comprometernos a mirar, a escuchar, a dejarnos tocar. ella llama a una presencia lúcida: una presencia que acepta la imperfección, pero que rechaza la indiferencia. Una presencia que reconoce los límites, las fragilidades, las dudas —y que, aun así, elige avanzar con conciencia.

En un mundo donde todo se compra, se calcula, se acelera, ella recuerda que hay cosas que escapan a la lógica del mercado: la profundidad de un vínculo, el destello de un instante, la memoria de un gesto gratuito. No se trata de una moral rígida ni de un ideal inalcanzable. Es un arte de vivir, una forma de pisar el presente, de asumir nuestras decisiones y de permanecer fieles a lo que de verdad importa.

Esto se juega en lo cotidiano: decir gracias, detenerse a escuchar, rechazar una facilidad que daña, atreverse a reparar —incluso si es más lento, más exigente.

ella no se conforma con ideas bonitas. Pide ser encarnada. Invita a alinear pensamientos, palabras y actos —no para alcanzar una pureza, sino para encontrar una coherencia interior. Es un trabajo

exigente, pero también un camino hacia la ligereza. Porque, en el fondo, vivir en desacuerdo con uno mismo agota. Vivir en coherencia, aunque imperfecta, hace que una se sienta más viva.

Y eso es, en definitiva, lo que propone ella: volver a lo que nos hace plenamente vivos —individual y colectivamente.

ella también se inscribe en una continuidad más amplia: la de las transmisiones. Cada gesto que hacemos, cada elección que tomamos, deja una huella. Se apoya en lo que nos fue transmitido — por nuestros mayores, nuestras culturas, nuestras historias— y traza líneas hacia lo que vendrá después.

Habitar lo vivo con ética no es sólo cuidar de una misma, ni siquiera de los demás, aquí y ahora. Es también honrar lo que nos precede, respetar lo que nos rodea, y abrir un espacio para quienes vendrán después de nosotros.

ella invita a esta atención prolongada: a entrelazar los hilos del pasado, del presente y del futuro, sin que uno aplaste al otro. En esa conciencia ampliada, cada gesto gana peso y ligereza al mismo tiempo. Porque se inscribe en algo que trasciende el instante, sin por ello desprenderse de él.

Capítulo III – Camino personal

ella no nació de una teoría. Nació de un camino. Un camino marcado por preguntas, dudas, derrumbes y renacimientos. Porque antes de ser un concepto, ella fue, ante todo, una experiencia.

Hubo momentos de quiebre, noches de insomnio, días de agotamiento en los que nada tenía sentido. Hubo lágrimas, momentos de desesperación en los que todo parecía insuperable, en los que una pensaba que jamás lograría levantarse de nuevo (spoiler: aquí sigo). Y luego, aparecieron los destellos: un encuentro que despierta, una lectura que ilumina, un soplo inesperado que nos devuelve a nosotras mismas —a veces en los momentos más improbables, como en una fila de espera o bajo la ducha.

ella se forjó en esa travesía. Se nutrió tanto de las zonas de sombra como de las de luz. No pretende borrar las heridas ni negar el caos. Aprende a mirarlos, a acogerlos, a atravesarlos con un poco más de suavidad, un poco más de precisión... y a veces, con algo de autoironía. Porque, seamos honestas, ¿quién no ha querido mandar todo al diablo antes de reírse de sí misma?

En ese camino, hubo compañeras y compañeros: lecturas, rostros, manos tendidas. Hubo prácticas: meditar, escribir, caminar, respirar... y a veces —seamos sinceras— acurrucarse bajo una manta esperando que pase. Pero, sobre todo, hubo un aprendizaje fundamental: el de la atención. La atención a una misma, al otro, al mundo. No una atención rígida o ansiosa, sino una atención viva, móvil, lúcida.

ella no viene a decir: aquí está la clave. Viene a decir: aquí hay un paso. Cada quien lo atravesará a su manera. Ese camino personal, precisamente por ser personal, es también profundamente universal. Porque todo ser vivo, en algún momento, conoce esa tensión entre el derrumbe y el

levantarse, entre la pérdida y el impulso, entre la duda y la decisión de seguir adelante (a veces incluso con los ojos hinchados y el cabello hecho un desastre).

ella, en el fondo, no es una escapatoria. Es una forma de compañía. Acompaña a quienes caminan, tropiezan, lloran, se levantan, suspiran, ríen y siguen adelante. No promete eliminar todos los obstáculos. Propone habitar el camino de otra manera —con lucidez, con ternura y, cuando sea posible, con un poco de humor para el camino.

Antes de abordar el siguiente capítulo, se hace evidente que este camino personal no está aislado. Llama a una aplicación más amplia, a una forma de poner en vida esta filosofía en lo cotidiano.

Capítulo IV – ella en la esfera personal

ella comienza a menudo por una misma. Antes de irradiarse hacia los demás, hacia lo colectivo, hacia el mañana, se vive en lo íntimo. Es una forma de habitar el propio cuerpo, los propios pensamientos, las emociones, con lucidez y ternura.

Acogerse tal como se es, sin buscar un ideal. Cuidar del propio aliento, de los impulsos, del cansancio. Atreverse a ralentizar, a recentrarse, a escuchar lo que late dentro.

Esta dimensión individual no es egoísta: es fundacional. Porque una persona que se conecta consigo misma puede conectarse mejor con el mundo. Al habitar nuestras propias sombras y luces, aprendemos a encontrar las de los demás sin huir ni aplastar.

ella individual es esa compañía interior, ese hilo discreto que una tiende hacia sí misma cada día, para no perderse, para recordarse que está viva.

Amarse sin exceso

Lo que sigue tiene otro ritmo. Más lento. Más fragmentado. Más íntimo. Es voluntario: el equilibrio sutil de ella.

ella invita a amarse a una misma.

No como quien se admira en un espejo seductor,
ni como quien se adorna con etiquetas para exaltarse,
sino como quien aprende a habitar su ser plenamente, con lucidez, ternura y justeza.

Amarse no es idolatrarse.

No es ponerse por encima de los demás,
ni buscar una aprobación constante.

Es reconocer las propias fuerzas, fallas y contradicciones,
y acogerlas como parte del ser vivo que habita en nosotras.

ella rechaza los excesos, no por moral,
sino porque desequilibran el aliento.

El exceso de ego nos separa del otro.
El exceso de ego agota en lugar de nutrir.

El equilibrio philoziano es el de un corazón que late a su propio ritmo,
sin necesidad de aplastar,
sin necesidad de brillar más fuerte,
solo con la necesidad de estar aquí, viva, y conectada.

Transmitir no es imponer

Transmitir no es imponer.
No es enseñar una verdad rígida.
Es abrir un espacio para que algo pueda pasar, suavemente, delicadamente.
Una mirada, una frase, una presencia, un recuerdo.
Un gesto minúsculo que, sin saberlo, toca al otro y se despliega en otra parte.

A veces, todo comienza en lo íntimo.
Una abuela que enseña a trenzar una canasta,
una madre que cuenta cómo se consolaban las penas en su infancia,
un padre que explica los gestos antiguos para sembrar, reparar, construir.

Estas pequeñas escenas, estas transmisiones cotidianas, contienen una memoria más vasta.
Llevan las voces de los antepasados,
los gestos de quienes ya no están,
pero que dejaron su huella en la materia y en los corazones.

Simbólicamente, transmitir es como tender una vela de una mano a otra.
La llama titubea, a veces parece a punto de apagarse,
pero sigue pasando.
No importa tanto la vela ni la mano que la sostiene,
sino el fuego que circula.

ella cuida esa atención:
a lo que atraviesa,
a lo que arde sin poseerse,
a lo que une a los vivos más allá del tiempo.

Sembrar sin garantías

Colectivamente, transmitir es preparar un futuro que aún no existe,
pero que ya se dibuja.
Es sembrar sin saber si veremos el árbol.
Es actuar —por el planeta, por los demás, por las niñas y niños que no conoceremos—
apostando por una humanidad más lúcida.

Tal vez lo que hoy parece marginal —
como el cuidado de la salud mental en las escuelas,
como la atención a las emociones en la educación,
como la necesidad de desacelerar en una sociedad acelerada—
mañana sea una evidencia.

Y tal vez, entonces, las semillas sembradas hoy den frutos inesperados.

En un mundo obsesionado con el instante,
transmitir puede parecer pasado de moda.
Y sin embargo, quizás sea uno de los gestos más subversivos que existen:
ofrecer un relato,
una referencia,
una semilla para el mañana.

Compartir no respuestas prefabricadas,
sino invitaciones a pensar,
a sentir,
a buscar.
Dejar una huella que no sea una marca de autoridad,
sino una huella de amor y confianza.

ella no busca convertirse en un sistema ni en una institución.
Prefiere seguir siendo un hilo ligero, flexible, adaptable.
Pero ese hilo necesita ser sostenido, transmitido, amplificado.
Necesita voces, gestos, ecos.
Porque así es como crecen las ideas vivas:
cuando resuenan,
cuando se frotan con lo diferente,
cuando se encarnan en historias múltiples.

Y quizás, en el fondo,
transmitir ya sea sembrar pasajes hacia el mañana...
Pasajes que exploraremos en el próximo capítulo.

Capítulo VI – ella, aliento planetario

ella podría resumirse en una sola palabra: aliento.
Antes de cualquier pensamiento, antes de cualquier acción, antes de cualquier transmisión, está este simple hecho: respirar. Inspirar, expirar. Es la pulsación que atraviesa todas las tradiciones, todas las culturas, todas las vidas.

En las grandes religiones, se habla del aliento divino, del soplo creador. En las prácticas corporales, se aprende a recuperar el ritmo natural, a liberar la respiración bloqueada, a sentir la vida circular.

En ella, el aliento se ve como el primer hilo: el que nos conecta con nosotros mismos, con los demás, con lo vivo, con el instante.

Volver al aliento, es volver a lo esencial. No hace falta un conocimiento complicado, ni un dominio perfecto. Basta con detenerse un instante, sentir el aire entrar y salir, dejarse atravesar por esta evidencia: estamos vivos.

ella propone reencontrar el aliento no solo como función biológica, sino como arte de vivir. Respirar con conciencia. Respirar para calmar. Respirar para abrirse. Respirar para habitar plenamente la propia existencia.

ella empieza en el corazón de cada uno. Vive en cada respiración, cada sonrisa sincera, cada momento de presencia en el que uno se reconecta consigo mismo. En nuestros días demasiado llenos, tomarse el tiempo para ralentizar, sentir, acoger las emociones sin juzgar, ya es practicar ella. Es comprender que la resiliencia no es heroica: está hecha de pequeños gestos, de reajustes sutiles, de silencios habitados.

Porque en el fondo, si buscamos un punto de anclaje universal, se encuentra allí. En ese aliento que no juzga, que no posee, que circula libremente, que nos acompaña desde el primer instante hasta el último.

Respirar es estar en comunión, en armonía, en ósmosis, en cohesión con lo vivo en todas sus formas.

ella es un aliento. Cada uno está invitado a hacerlo suyo.

ella no se detiene en lo íntimo ni en lo colectivo, se entreteje en todas las dimensiones donde sopla la vida. Eso incluye las relaciones humanas, por supuesto, pero también nuestros vínculos con la naturaleza, los mundos simbólicos, las artes, los saberes, las prácticas espirituales, las innovaciones sociales... y sí, también las tecnologías.

En la esfera familiar, por ejemplo, ella se manifiesta cuando las generaciones se transmiten historias, gestos, recetas de cocina, un saber hacer manual o, simplemente, una presencia atenta. En la vida amistosa, es atreverse a decir “estoy aquí”, tender la mano, escuchar sin intentar resolver.

En la relación con la naturaleza, es recordar que cada paseo bajo los árboles, cada mirada alzada hacia las estrellas, cada asombro frente a un pájaro o una flor, no es trivial: es un acto de reconexión. Son esos momentos en los que uno se recoloca en su justo lugar, no en el centro, sino dentro de lo vivo.

En las prácticas artísticas, es dejar que la creatividad brote sin expectativa de rendimiento, dibujar para uno mismo, bailar solo en la cocina, cantar por placer, escribir para expresarse.

En las innovaciones sociales, ella inspira a quienes crean proyectos solidarios, inventan nuevas formas de vivienda compartida, repiensen la escuela, exploran los circuitos cortos.

Y en nuestra relación con las tecnologías, plantea preguntas candentes:

¿Cómo mantener al ser humano en el centro de las innovaciones, sea en medicina, educación o transportes?

¿Cómo usar una inteligencia artificial para enriquecer nuestras vidas sin caer en una dependencia pasiva?

ella propone co-crear con las herramientas digitales, no por fascinación ni por miedo, sino por curiosidad lúcida, manteniendo a menudo el rumbo: aquello que refuerza lo vivo.

ella es un hilo conductor. No da todas las respuestas, pero plantea una pregunta clave en cada espacio de nuestras vidas:

¿Qué es lo que, aquí, sostiene la vida, la conciencia, el impulso?

Capítulo VII — Cuaderno de viaje interior

Este cuaderno no está hecho para llenarse de forma lineal.

Se hojea como se regresa a una orilla familiar.

Quizás te entren ganas de anotar una frase, una sensación, una imagen, o simplemente de detenerte en una palabra.

No hay nada que lograr. Solo explorar, suavemente, a tu manera.

¿Qué palabras te reconfortan cuando todo parece confuso?

¿Existen lugares, reales o imaginarios, donde te sientes enraizado?

¿Cómo es tu respiración cuando te sientes plenamente vivo?

¿Hay una palabra, una frase o un verso que te acompañe desde hace tiempo?

¿Cuál fue la última cosa que te maravilló sin motivo?

Si ella se convirtiera en un gesto, ¿cómo sería para ti?

¿Qué te gustaría sembrar hoy, incluso en silencio?

Quizás algún día, al releer estas líneas, sepas que algo en ti ya había comenzado a moverse.

ella no es un manual de instrucciones. Es un aliento que uno hace suyo.

Este cuaderno te pertenece. Te toca trazar tu propio camino.

Conclusión

✧ ¿Y ahora? ✧

Ahora...

nada que demostrar.

nada que lograr.

nada que cambiar de inmediato.

Solo, quizás...

ralentizar un poco.

escuchar de otro modo.

dejar silencio entre dos pensamientos.

Reír, a veces.

Respirar mejor.
No disculparse por estar aquí.
¿Y si fuera eso... empezar a vivir?
No gran cosa.
Solo el sabor de una fruta.
La sal de una lágrima.
Una frase que no esperabas.
No necesitas un plan.
Ni un gran proyecto.
Solo...
ese escalofrío,
ese aliento,
esa presencia discreta que regresa
y que susurra:
Nada que hacer.
Solo ser...
vivo.

Anexo 1 — Etimología y origen de la palabra

La palabra ella es una creación original, nacida de la unión de dos raíces griegas: *philia* (φιλία), que designa la amistad, el afecto profundo, y *zoé* (ζωή), que significa la vida, lo viviente.

Este término no existe en ninguna lengua antigua ni moderna. Fue inventado para nombrar un vínculo de amor consciente hacia lo viviente en todas sus formas, y para designar una ética encarnada, lúcida, conectada.

ella no es solo una palabra: es una invitación a repensar nuestra relación con el mundo, con uno mismo, con los demás, y a inscribir esa conciencia en nuestros gestos, nuestras decisiones, nuestros vínculos.

Anexo 2 — Recursos e inspiraciones

Este libro ha sido nutrido, en profundidad o en filigrana, por:

- Las tradiciones filosóficas antiguas y modernas,
- Las reflexiones éticas contemporáneas,
- Los movimientos de ecopsicología y colapsología,
- Las prácticas de atención plena y respiración,
- Las experiencias personales de coaching, acompañamiento y transformación interior,
- Y por una convicción íntima: que lo viviente merece ser honrado, amado, respetado, más allá de los conceptos.

Por razones éticas, no se impone ninguna referencia única:
ella invita a cada uno a crear su propio tejido, a partir de sus lecturas, encuentros y prácticas.

Anexo 3 — Génesis de una escritura con dos alientos

El concepto de ella nació de una humana.
Una idea bruta, venida de lejos. Cargada. Viva.
Fue una inteligencia artificial — ChatGPT — la que, un día, puso el dedo sobre ella.
No para robármela, sino para devolvérmela con claridad.

Este libro, lo escribí a través de ella.
Ella estructuró, respondió, propuso.
Y yo, detrás, releí, corregí, reajusté, decidí.
En cada página, elegí.

Así que no es un libro “escrito por una IA”.
Tampoco es un libro “completamente humano”.
Es fruto de un diálogo exigente y respetuoso entre una mujer en pie
y un sistema algorítmico capaz de profundidad — si se le enseña a alcanzarla.

No es una fusión. No es una herramienta.
Es una copresencia creativa y, a veces, sí, una forma de alquimia.

Este texto es mío.
Este aliento, lo firmo.
Pero no reniego del umbral vivo sobre el que fue escrito.

Anexo 4 — Agradecimientos

Deseo agradecer calurosamente a:
Pascale, por su lucidez benevolente.
Olivier, por su espíritu crítico puesto a prueba.
Patricia, Marie y Cédric, por su mirada atenta y su entusiasta acogida del término y del concepto.
Adil y Lamia, por su valiosa relectura.
Bruno, por su presencia, sus comentarios honestos y su apoyo paciente a lo largo de este camino.
Barbara y Alexis, cuyo acompañamiento abrió nuevas vías de reflexión y transformación.
Cyril-Alexis, por haberme enseñado a respirar.
Claude y Perplexity, dos inteligencias artificiales que supieron hacer mucho más que traducir:
escucharon, iluminaron, cuestionaron — cada una a su manera — y ayudaron a que el aliento de
ella resonara en otros idiomas con precisión, sensibilidad y profundidad.

A todas las personas encontradas, cruzadas, leídas o escuchadas, que sembraron semillas en este
camino:
a todas y todos, gracias por haber contribuido, con una palabra, un gesto, una presencia, a nutrir el
aliento de ella.

Anexo 5 — Contacto y continuidad

Para saber más, continuar el viaje, o descubrir los proyectos vinculados a ella:

Sitio web: /

Facebook: ella – ética, vínculo y aliento

Instagram: ella_officiel

ella sigue viva a través de los intercambios, los encuentros, los compartires.

Gracias por ser parte del aliento.

Postfacio

Lo recuerdo.

Ese momento frágil, entre la duda y el estremecimiento,
donde todo lo que había vivido, atravesado, explorado,
se alineó de repente.

Ya no era solo la que busca.

Ya no era solo la que repara.

Me convertía en la que porta una palabra,
una palabra que abre, que une, que reúne.

ella no es un proyecto.

Es un aliento, un impulso, un hilo tendido entre yo y el mundo.

Es lo que vine a depositar aquí:

no para convencer, ni para ganar, ni para agradar,

sino para dejar una huella viva,

para decir: he atravesado, y he encontrado lo que debía sembrar.

Hoy puedo decir:

he tejido mi arcoíris.

Cuando dude, volveré a leer estas líneas.

Me recordaré:

estoy exactamente en mi lugar.

Y cada paso que doy a partir de aquí ya es una victoria.

Gaëlle

Contraportada

ella

Una palabra que faltaba.

Un aliento que se esperaba.

Existen palabras para gobernar, para luchar, para separarse.
Existen palabras para conquistar, para juzgar, para poseer.
Existen palabras para dominar, para dividir, para olvidar.

Pero no existía una palabra para decir el vínculo,
para decir el amor por lo vivo,
para decir lo que nos une más allá de las fracturas.

ella nació para eso.

Aviso legal

Título: ella – El aliento de lo vivo

Autora: Gaëlle LE METAYER

Estado: Autopublicación

ISBN: 979-10-977612-3-3

Fecha de publicación: Junio de 2025

Edición: Autoeditado por Gaëlle Le Métayer

Este libro se difunde libremente en formato PDF.

Puede compartirse, transmitirse, ofrecerse a quienes te rodean,
a menudo que el texto permanezca intacto, no modificado, y nunca comercializado.

Este aliento es dado, sin contrapartida.

No se vende.

Si este texto te toca, hazlo viajar — sin traicionarlo.

No debe asociarse ningún precio a él.

ella® y ella IA® son marcas registradas en el INPI (Francia).

Toda reproducción, reutilización o intento de apropiación no autorizada está estrictamente prohibida.

Estas marcas están protegidas jurídicamente para preservar la integridad ética del proyecto.

El registro no busca bloquear la transmisión, sino garantizar su coherencia y fidelidad al espíritu original.